

La ciudad que nos habita, Ana Cristina Chávez A.

Miel y Salmuera

Todos

llevamos una ciudad por dentro, el lugar de donde somos, en donde habitamos, o el que aspiramos construir. Ese sitio nos acompaña a lo largo del tiempo, para hacernos recordar las raíces, la manera en la que crecemos, los momentos agradables, las enseñanzas de vida... Así, cada quien edifica la ciudad/mundo en donde desea prolongar su estadía.

La ciudad personal puede ser reflejo de la ciudad real en la que vivimos. El cuidado de nuestra casa grande es espejo de cómo nos protegemos y lo que nos importa. La consciencia ciudadana es un acto de darse cuenta, de ver lo que hacemos, entender la razón de ese accionar e identificar los efectos que produce en la vida colectiva.

Podemos ser mejores ciudadanos en la medida que entendamos que nuestra actuación en el ámbito público es importante. Recientemente, mientras caminaba en una avenida principal de Santa Ana de Coro, donde se ubica una parada de transporte, observé algo que me llamó la atención: un niño de como cinco años estaba a la orilla de la acera con el cierre del pantalón abajo y dispuesto a orinar en la carretera. Esto, alentado por su joven madre, quien le decía que utilizara como baño ese espacio lleno de gente, lo que para ella era algo normal. No había la discreción de hacerlo contra una pared, en alguna esquina y fuera de la vista de curiosos; situación nada agradable, pero que es común ver en nuestras vías, convirtiéndolas en urinarios al aire libre, donde los hombres buscan marcar territorio como si de una nueva raza

canina se
tratará.

Me pregunté qué pensaba esa mujer cuando instó
al pequeño a que orinara en la calle, ¿es esa la ciudad que
quiere para ella y
su niño? ¿Un territorio con hedor a acre, donde no existe el
sentido del pudor,
la privacidad, el cuidado propio y ajeno? El cariño a una ciudad
se debe manifestar
en todas las personas que en ella habitan, empezando por sus
gobernantes, que tienen
que amarla no solo en época de campaña electoral o fechas
emblemáticas. Por
ejemplo, dejar en el abandono y la desidia una biblioteca del
estado, destruida
por el fuego y los posteriores actos de vandalismo, dista mucho
del afecto sincero
hacia la cultura y el conocimiento.

El incumplimiento de normas de convivencia,
desacato a la autoridad, displicencia ante lo que acontece a
nuestro alrededor,
abuso de poder, irrespeto al otro y la imposición de la viveza
criolla, son
actitudes cotidianas que deshumanizan la vida en colectivo. Una
ciudad que no
considera a los adultos mayores, a las personas con
discapacidad, que no tiene
visión ecológica ni sustentable, es una ciudad que tiende a ser
violenta,
agresiva y que no se puede disfrutar.

En este sentido, el Centro Internacional Miranda,
institución venezolana adscrita al Ministerio del Poder Popular
para la Educación
Universitaria, que promueve la investigación y el desarrollo del
pensamiento
crítico, cuenta con una línea y programa de estudio denominada
“Ciudades de Inclusión y Enfoques del Cuidado», con la
intención de formar y sensibilizar, desde un enfoque eco-
feminista-animalista
sobre los cuidados hacia las y los más vulnerables de la
localidad.

Para este centro,
una ciudad de inclusión y de cuidados es aquella que se

construye colectivamente
para el logro de relaciones entre iguales, enfatizando el
cuidado de las
personas que más lo necesitan, a través del desarrollo de
políticas públicas
que garanticen la movilidad, el transporte, la construcción y
mantenimiento de infraestructuras
adecuadas, la higienización de los espacios comunes, así como la
promoción de
valores de empatía y solidaridad.

De tal modo, la labor
de edificar una ciudad inclusiva, igualitaria y respetuosa, pasa
por impulsar
una visión colectiva a través de la organización comunitaria,
hacer contraloría
social en cuanto al cumplimiento de las leyes, y formar una
cultura de
convivencia ciudadana desde los primeros años de educación. Hay
que forjar la
cultura del bien común, respetando las individualidades y
diferencias que nos marcan
como personas, pero estimulando el beneficio de todos, y donde
nadie –incluso
sus políticos- se meee ni defeque los lugares compartidos y las
cabezas de los
habitantes.

Cada ciudad puede ser otra

Mario Benedetti

*Cada ciudad puede ser otra
cuando el amor la transfigura
cada ciudad puede ser tantas
como amorosos la recorren
el amor pasa por los parques
casi sin verlos amándolos
entre la fiesta de los pájaros
y la homilía de los pinos*

*cada ciudad puede ser otra
cuando el amor pinta los muros
y de los rostros que atardecen
uno es el rostro del amor
y el amor viene y va y regresa
y la ciudad es el testigo
de sus abrazos y crepúsculos
de sus bonanzas y aguaceros
y si el amor se va y no vuelve
la ciudad carga con su otoño
ya que le quedan sólo el duelo
y las estatuas del amor.*